

# LA PROBLEMATICIDAD DE LA DIALÉCTICA

*Valeriano Bozal*

## I

Hasta tiempo relativamente reciente la crítica principal contra el pensamiento dialéctico y la dialéctica misma solía proceder de medios que un tanto imprecisamente llamaremos neopositivistas. La dialéctica era —y es— considerada como un trasto inútil que sustituye la metodología científica por la retórica, o, en otro caso, como un pequeño ardid de los filósofos materialistas para escapar a los problemas concretos. El peso de Hegel y la filosofía tradicional parecía excesivo, y la diferencia entre materialismo dialéctico y materialismo mecanicista, una diferencia exclusivamente retórica.

Como digo, tales críticas partían de medios neopositivistas y ocupan ya un lugar de importancia en la bibliografía sobre el tema. La novedad, de la que aquí vamos a ocuparnos, es la aparición de una serie de críticas en el horizonte mismo del materialismo dialéctico o de un sedicente marxismo. Naturalmente, las más de las veces, esas críticas no aparecen abiertamente como tales, sino como *revisiones*, puestas al día o *lecturas* originales de los textos clásicos del materialismo dialéctico. Tampoco se ocupan exclusivamente de este punto, sino que abordan otros muchos complementarios y lo hacen habitualmente de un modo crítico: crítica de la alineación y del humanismo, crítica de la ideología, etc. Todo ello dificulta extraordinariamente el debate, pues todo aquél que rechaza estas lecturas corre el riesgo de ser calificado de dogmático, y el dogmatismo es el gran pecado de nuestro tiempo y el gran pecado de un intelectual o un filósofo. Por nuestra parte, opinamos que no todo rechazo de estas lecturas es dogmatismo (aunque alguno pueda serlo), y que sólo

huyendo (por lo menos en principio) de una terminología excesivamente polémica podremos llegar a un debate fecundo sobre la cuestión. Un debate fecundo en el seno del pensamiento dialéctico (o del que pretende serlo), pues no entraremos aquí (o lo haremos incidentalmente) en el análisis y discusión de las críticas que hemos denominado neopositivistas.

## II

En el seno del materialismo dialéctico, creo que la corriente que ha precipitado el debate en torno a la problematicidad de la dialéctica es la representada por Althusser y la que podríamos denominar su escuela (Balibar, Macherey, Badiou, etc.). A primera vista, esta afirmación puede sorprender, dado que Althusser hace suya una de las tesis fundamentales del leninismo —la del eslabón más débil— y se ocupa insistentemente de las relaciones entre infraestructura y superestructura.<sup>1</sup> Sin embargo, hay puntos que llaman poderosamente nuestra atención y dan pie (darán pie en algunos de sus discípulos) a una reducción de la dialéctica; puede ser que estos filósofos la conserven por razones ideológico-políticas y la ignoren por razones teóricas.

Creo que es en "*Para leer El Capital*" donde más claramente puede advertirse este planteamiento, especialmente cuando aborda la "inmensa revolución teórica de Marx". No olvidemos que el texto de Althusser es un texto polémico: polémica contra la interpretación tradicional de la novedad teórica de Marx. Para tal interpretación tradicional, la novedad residía, precisamente, en la constitución de una dialéctica materialista mediante la inversión de la dialéctica hegeliana, según las conocidas palabras de *El Capital*. Esta inversión simple, y su simple interpretación, mantiene algunas de las tesis fundamentales de Hegel; por ejemplo mantiene la he-

<sup>1</sup> L. Althusser: *La revolución teórica de Marx*. Ed. Siglo XXI, México, 1967. 2.<sup>a</sup> ed., 1968. Págs. 71-106, que comprenden el fundamental capítulo "Contradicción y sobredeterminación".

geliana identificación entre objeto real y objeto de conocimiento, aunque embozándola mediante la teoría del reflejo (el objeto del conocimiento como reflejo del objeto real). Quizá sea en este punto donde la crítica de Althusser resulta más fecunda, pues, recordando un texto fundamental—la *Introducción* de 1857,<sup>2</sup>—pone de relieve “la distinción entre el *objeto real* (lo concreto-real, la totalidad real que ‘subsiste en su independencia fuera de la cabeza [*Kopf*], antes como después’, de la producción de su conocimiento) y el *objeto del conocimiento*, producto del conocimiento que lo produce en sí mismo como concreto-de-pensamiento (*Gedankenkonkretum*), como totalidad-de-pensamiento (*Gedankentotalität*), es decir, como un *objeto-de-pensamiento*, absolutamente distinto del objeto-real, de lo concreto-real, de la totalidad-real de la que el concepto-de-pensamiento, la totalidad-de-pensamiento, proporciona precisamente el conocimiento. Marx va más lejos todavía y demuestra que esa distinción se refiere no sólo a esos dos objetos, sino también a sus propios procesos de producción. Mientras que el proceso de producción de tal objeto real, de tal totalidad concreta-real (por ejemplo, una nación histórica dada), ocurre por completo en lo real y se efectúa según el orden real de la génesis *real* (el orden de sucesión de la génesis *histórica*), el proceso de producción del objeto de conocimiento ocurre por completo en el conocimiento y se efectúa según *otro orden*, en el que las categorías pensadas que “‘reproducen’ las categorías ‘reales’ no ocupan el mismo lugar que en el orden de la génesis histórica real, sino lugares muy diferentes que les son asignados por su función en el proceso de producción del objeto de conocimiento”.<sup>3</sup>

La larga y expresiva cita de Althusser pone de manifiesto: 1.º, la revisión de la caracterización tradicional de la dialéctica realidad-conocimiento, que aparecen ahora como dos procesos de distinto orden y producen dos objetos “absolutamente

<sup>2</sup> Edición en *Contribución a la crítica de la economía política*, A. Corazón Editor, “Comunicación”, serie B, Madrid, 1970.

<sup>3</sup> L. Althusser: *Para leer El Capital*, Ed. Siglo XXI, México, 1969, págs. 46-47.

distintos”, manteniendo una relación todavía no aclarada, según se vislumbra en la entrecomillada (por Althusser) “reproducen”; en 2.º lugar, sitúa el horizonte en que va a buscarse la novedad, la revolución teórica de Marx.

Estas son las dos cuestiones que deben, de inmediato, ocuparnos. Empecemos por la segunda para volver, después, a la primera.

La revolución teórica de Marx se inscribe en la revolución de la economía política clásica mediante la acuñación de un concepto teórico que faltaba en aquélla: el concepto de *plusvalía*. Ahora bien, como indica Althusser, la acuñación de este concepto —y su aplicación— revoluciona completamente el campo de la ciencia económica; ello le va a conducir a otros conceptos (estructura del modo de producción, por ejemplo), construcción necesaria para aproximarnos a lo económico, que no es un dato inmediato (inmediatamente visible, observable, etc.), pues “toda la ciencia económica depende, como cualquier ciencia, de la construcción del concepto de su objeto”,<sup>4</sup> y, por eso, cuando leemos del primero al tercer libro de *El Capital* “no salimos jamás de la abstracción, es decir, del conocimiento, de los “productos del pensamiento y del concebir”: *no salimos jamás del concepto*”.<sup>5</sup>

Estas afirmaciones sitúan la empresa de Marx en un nivel específico: se trata de leer y analizar la estructura del sistema económico capitalista sirviéndose para ello de una crítica de la economía política, aquella ciencia que muchas veces se convertía en apología del sistema. Pero de inmediato surge un interrogante: ¿es la empresa de Marx una empresa puramente analítica o de lectura? Creo que ha sido Galvano della Volpe, en su *Crítica de la ideología contemporánea*,<sup>6</sup> quien

<sup>4</sup> *Ibíd.*, pág. 198.

<sup>5</sup> *Ibíd.*, pág. 205.

<sup>6</sup> Galvano della Volpe: *Crítica de la ideología contemporánea*, Alberto Corazón Editor, “Comunicación”, serie A, Madrid, 1970. Por ejemplo, en el prólogo de G. della Volpe: “...este libro aparece felizmente ‘intempestivo’ en un clima cultural... y también por la tentativa ‘estructuralista’ de reducir *El Capital* —y con él ‘el modo histórico capitalista de producción’, según la fórmula marxiana— a un abstracto,

de un modo más claro ha contestado negativamente: ésa fue su empresa, pero su empresa no fue sólo ésa; su *empresa teórica* no se limita a la acuñación de conceptos teóricos. Que no fue sólo ésa quiere decir que el análisis de Althusser es aceptable siempre que no se le quiera absolutizar; quiere decir que ésa fue la revolución (?) teórica de Marx si consideramos que Marx fue sólo un teórico (en el sentido de un científico positivo y, casi, neopositivista).

Pues, en efecto, la exégesis althusseriana tiende a convertir a Marx en un científico positivo (y al marxismo en una ciencia positiva). Basta echar una ojeada a cualquier manual de metodología científica para percibir la justeza de la caracterización althusseriana: el científico no sale "nunca" del concepto, no sale jamás de la abstracción, y su tarea consiste en la producción de conceptos científicos (naturalmente, es mucho más amplia). La terminología althusseriana es diferente, mucho más enrevesada y con un palpable desconocimiento del nivel de la epistemología neopositivista contemporánea, pero sus resultados van en la misma dirección. Ese palpable desconocimiento es muy notable cuando aborda la primera cuestión anteriormente citada: la relación realidad-conocimiento. Althusser plantea la problemática hegeliana y su inversión materialista, pero no dice nada, ignora aquellas investigaciones epistemológicas que han analizado el problema en un riguroso nivel científico.

La pregunta que podemos hacernos es sencilla: ¿es razonable esta reducción althusseriana de Marx a un científico positivo (un economista, podríamos decir)? La contestación es posible a partir de un texto del propio Marx que el filósofo francés gusta utilizar: la *Introducción* de 1857. En ella podemos leer: "Sería, pues, erróneo colocar las categorías económicas en el orden según el cual han tenido históricamente una acción determinante. El orden en que se suceden se halla determinado más bien por la relación que tienen unas con otras en la sociedad burguesa moderna, y que es precisamente lo contrario de lo que parece ser su relación natural o de lo

a histórico 'modelo' económico. En el primer centenario del nacimiento del *Capital*, que los dioses nos guarden de tales amigos", pág. 19.

que corresponde a la serie de la evolución histórica. No se trata del lugar que las relaciones económicas ocupen históricamente en la sucesión de las diferentes formas en la sociedad. Menos aún de su serie “en la *Idea*” (Proudhon), que no es más que una representación falaz del movimiento histórico. Se trata de su conexión orgánica en el interior de la sociedad burguesa moderna”.<sup>7</sup>

El texto establece las siguientes posibilidades “teóricas”:

1.º El historicismo, como repetición del orden cronológico, según el cual las categorías económicas han tenido históricamente una acción determinante.

2.º El idealismo (hegeliano o proudhoniano —éste sería una caricatura de aquél—), que atiende no al orden histórico real, sino al orden de las categorías en la *Idea*.

3.º El materialismo dialéctico, que establece: primero, esas categorías económicas (produce conceptos) a través de, entre otras cosas (otras cosas: la actividad política, el examen de las condiciones reales de las clases trabajadoras, etc.), la crítica de la economía política burguesa, y, después, una vez que posee esos conceptos, una vez que ha leído y analizado la estructura real que esa economía política burguesa debía analizar, pasa a fijar su conexión orgánica en el interior de la sociedad burguesa moderna: va más allá del concepto para fijar su conexión orgánica y social. Es éste un mismo movimiento en dos momentos: en el primero, el teórico se comporta y alcanza el nivel del científico positivo; en el segundo, fija una estructura orgánica, una totalidad real, histórica, no ideal (como había dicho Hegel). Entonces cobran su sentido pleno las palabras de Marx referentes a la inversión de la dialéctica hegeliana, pues, precisamente, había sido Hegel el primero que pretendió escapar a la singularización o especialización del conocimiento, el conocimiento propio del entendimiento, según gustaba decir, que era superado por el conocimiento de la razón. Sólo que esta supera-

<sup>7</sup> Edic. cit., pág. 278.

ción se planteaba en el seno de la *Idea*, no de la realidad.<sup>8</sup>

Y a la vez que precisan las palabras relativas a la inversión, precisan igualmente el alcance del análisis althusseriano, cuyo gran mérito estriba, precisamente, en valorar, desde el punto de vista del materialismo dialéctico, la actividad científico-positiva, pero que no señala —y aquí cabe apuntar su debilidad— la diversidad real existente entre metodología positiva y dialéctica, pues cada una debe situarse en un plano o ámbito diferentes.

### III

La interpretación unilateral de Althusser ha conducido, entre nosotros, a posiciones de pretendido marxismo. Se vislumbran en las de un tiempo a esta parte recientes afirmaciones sobre la *autonomía* de la cultura y, en general, de las infraestructuras políticas, jurídicas, etc., afirmaciones que encontramos en todos los campos, y no sólo en el filosófico, y en todos los niveles. En general, la polémica puede establecerse en torno al alcance del término *autonomía*, que para casi todos es sinónimo de *independencia*. Comprensión ésta que tiene muy poco que ver con las palabras de Marx en la tan citada *Introducción*.

El ejemplo más claro de tal interpretación, que incluso aparece como una crítica de las “insuficiencias” de Althusser (que no iría más allá de una “revolución verbal”, de un “estraperlo”), lo encontramos en las tesis defendidas por Eugenio Trías en su “Teoría de las ideologías”.<sup>9</sup> La autonomía

<sup>8</sup> Una exposición bastante clara de este asunto puede verse en J. N. Findlay: *Reexamen de Hegel*. Ed. Grijalbo, Barcelona, 1969, especialmente las págs. 55 y ss.

Desde otro punto de vista, la noción de totalidad estructurada aparece incluso en pensadores radicalmente antidialécticos, tal es el caso de Mario Bunge cuando analiza las “hipótesis filosóficas de la ciencia”, en la pág. 321 y ss. de su *La investigación científica*. Ed. Ariel, Barcelona, 1969.

<sup>9</sup> Ed. Península, Barcelona, 1970.

sólo es tal si es independencia, es decir, si *no existe* una base infraestructural (económica) que determina en última instancia los niveles superestructurales: se trata de desgajar otros sistemas además del económico, “recortar, allí donde se pueda, un sistema susceptible de análisis autónomo e inmanente”; “ello significa *aceptar* la pluralidad de los sistemas y su mutua inconexión”.<sup>10</sup>

Ahora bien, sería por completo injusto afirmar que estos planteamientos proceden exclusivamente de una problemática teórica puesta en pie por Althusser y su escuela (pensemos, por ejemplo, en la importancia fundamental de las investigaciones de Macherey sobre la producción literaria) y por la “escuela estructuralista” francesa. Pensamos que estas tesis deben encuadrarse, *además*, en otros contextos teóricos e históricos.

En otros contextos teóricos: principalmente en la lucha contra el sociologismo, forma única de la crítica cultural española progresista de los años cincuenta y forma principal de la crítica cultural europea de tendencia materialista, que tiene su máximo exponente en los trabajos de G. Lukacs, y el más bajo en los conocidos manuales de la Academia de Ciencias de la URSS. Habría que decir, sin embargo, que semejante lucha no puede despreciar ni ignorar los planteamientos que durante esos mismos años se han opuesto al sociologismo, especialmente los para nosotros más lúcidos de la llamada escuela italiana surgida en torno a Galvano della Volpe. Una polémica correcta sacará enormes frutos de esta confrontación.

En contextos históricos: nos referimos ahora a la evolución histórico-política y cultural de nuestra sociedad, a la agudización de las tensiones y contradicciones a que estamos asistiendo en todos los niveles. Es lógico que la penuria científica dé paso a un esfuerzo cientifista que afirme como suprema verdad la independencia de la teoría y lo positivo e ineludible de la práctica teórica. Pero si nada cabe decir de una pretensión científica, sí cabe decirlo todo de una preten-

<sup>10</sup> *Ibíd.* pág. 57.

sión cientifista, porque si algo empieza a aparecer claro es la inviabilidad histórica de esa independencia, tal como el desarrollo universitario cotidiano pone de manifiesto; si algo resulta claro es la certeza de la afirmación sobre la totalidad orgánica que centraba el epígrafe anterior. No es casual por ello que este cientifismo rechace algunas categorías consideradas hasta el momento como fundamentales —praxis, alienación, etc.— y que tal rechazo se argumente en nombre de la no cientificidad (y carácter ideológico) de esas categorías. Semejante rechazo es uno de los momentos de tal “neutralidad” e “independencia” teóricas, pues era en ellas donde más claramente encarnaban, se hacían reales las relaciones dialécticas entre los diversos niveles.

#### IV

La crítica de los que hemos denominado planteamientos cientifistas podría hacerse recurriendo a argumentos de autoridad —lo que no sería por completo un despropósito desde el instante en que muchos de aquéllos que los mantienen se declaran marxianos, marxistas, materialistas dialécticos, etcétera—; en este sentido hay algunos textos de la *Introducción* que rechazan violentamente la autonomía (= independencia); por ejemplo: “... cada forma de producción crea sus relaciones de derecho, sus formas de gobierno propias. La grosería y la incompreensión consisten, precisamente, en no relacionar sino fortuitamente unos a otros, en no enlazar más que mentalmente elementos que se hallan unidos orgánicamente”.<sup>11</sup> Y semejantes citas serían suficientes, también, si nos encontrásemos en el seno de un debate puramente académico. Pero no sucede así; el problema planteado en la lucha contra el sociologismo es un problema real y grave que debemos abordar (naturalmente, no tenemos la pretensión de solucionarlo aquí y ahora; es tarea de un trabajo más amplio que este artículo; pero sí podemos señalar algunos de los caminos por donde nos parece discurre su solución) y

<sup>11</sup> Edic. cit., pág. 253.

desarrollar, y estas citas más indican lo que no es que lo que es.

Los teóricos que se han aprestado a la acuñación de conceptos teóricos y teorías que fueran capaces de expresar la complejidad de la contradicción dialéctica, la autonomía de los elementos, sectores o niveles, son muy numerosos. Cuando Michael Lowy habla de una "autonomía parcial" y de las "condiciones" de todo desarrollo cultural;<sup>12</sup> cuando L. Goldmann elaboraba sus conocidas reflexiones sobre el estructuralismo genético, etc., en todos estos casos (y otros muchos que podrían citarse) se trata de limitar el alcance de la autonomía. Para nuestro gusto (y mostrarlo nos llevaría cierto tiempo y espacio; no vamos a hacerlo ahora y aquí, pues se trata de una cuestión no central), tales conceptos y concepciones, útiles en una discusión apresurada sobre el particular, no solucionan "provechosamente" el asunto. Sólo los análisis dellavolpianos, especialmente los contenidos en la *Crítica del gusto* y en la *Crítica de la ideología contemporánea*, parecen una respuesta suficiente.<sup>13</sup> Pero de cualquier manera, y aunque a algunos les pueda resultar paradójico, sólo volviendo a una adecuada comprensión de lo que fue originalmente la dialéctica para Hegel nos pondremos en vías de alcanzar una respuesta positiva.

<sup>12</sup> "Las relaciones entre los cuadros \* así definidos y las ideas sólo son perceptibles, en nuestra opinión, a través del concepto de *condicionamiento* utilizado no como una fórmula vaga, sino en su sentido estricto y riguroso: los cuadros constituyen las *condiciones*, a veces necesarias, pero nunca suficientes (si se los toma aisladamente), para que surja una doctrina..." "Sin embargo, el análisis en términos de condicionamiento resulta demasiado esquemático si no se introduce otro elemento: la *autonomía parcial* de la esfera de las ideas; porque si es cierto que las categorías fundamentales de una obra pueden estar socialmente condicionadas, no lo es menos señalar que el desarrollo del pensamiento obedece a un conjunto de exigencias internas de sistematización, de coherencia, de racionalidad, etc..." Michael Lowy: "La théorie de la révolution chez le jeune Marx". Ed. François Maspero, París, 1970, pág. 15.

\* Marco o cuadro en el que se da un acontecimiento.

<sup>13</sup> Se leerán con provecho a este respecto los dos capítulos básicos de la segunda de las obras citadas: "Clave de la dialéctica histórica" y "Dialéctica *in nuce*".

Recordemos algunos de los muchos textos hegelianos sobre el particular: "... llamamos dialéctica al superior movimiento racional en el cual tales términos [ser y nada], que *parecen absolutamente separados*, traspasan una al otro *por sí mismos, por medio de lo que ellos son*; y así la presuposición [de su estar separados] se elimina. La inmanente naturaleza dialéctica del ser y la nada mismos consiste en que ellos muestran su unidad; esto es, el devenir, como su verdad"<sup>14</sup> (el subrayado es nuestro).

Aquí se aprecia bien el alcance de la autonomía "no independentista", pues son los momentos mismos, *por sí mismos, por medio de lo que ellos son*, los que median y se traspasan, mostrando la verdad de su aparecer. No hay una fuerza superior que los haga mediar (recordemos la fundamental ambigüedad del espíritu hegeliano, tal como Adorno ha puesto de relieve); son ellos mismos los que de sí mismos salen, de la misma manera que el significado de un sistema (sincrónicamente estudiado) pone en relación la obra con una exterioridad (diacrónicamente analizable) de la que él habla, a la que vuelve porque fue por ella suscitada (la obra y su significado). La autonomía resulta, entonces, una condición necesaria de, 1.º, el estudio científico y, 2.º, la estructura o sistema en que la obra se constituye. Mas, simultáneamente, no es sólo condición necesaria; es también *momento*, y en cuanto tal conduce, traspasa, a su exterioridad, pues no es sólo objeto de mero estudio formalista ni tampoco mero sistema. El sistema ha surgido como necesidad de organizar un significado comunicable. Tal significación, que atraviesa los diversos niveles de la obra, polariza la estructuración de los significantes, que, a su vez, poseen también una

<sup>14</sup> "Ciencia de la Lógica". Ed. Hachette, Buenos Aires, 1956, T. I., pág. 136. Puede compararse este texto con la afirmación de E. Trías en su libro citado: "...aceptar la pluralidad de los sistemas y su mutua inconexión—por lo menos hasta el instante en que el análisis señale la forma o regla de conversión de un sistema en otro o la integración de diferentes sistemas en un sistema más envolvente", pág. 57.

Tal comparación mostrará que la cuestión no se centra tanto en las declaraciones de principios, cuanto en los análisis concretos, pues aquéllas pueden parecer peligrosamente semejantes.

significación propia, pues no surgen de la nada, sino que están históricamente determinados, tal como hemos tratado de mostrar en otro lugar mediante análisis concretos.<sup>15</sup>

El planteamiento sociologista, contra el que ha surgido la actual polémica, no sólo adoptaría como dogma una visión simplista de la inversión señalada por Marx en la *Introducción* y *El Capital*; además "traiciona" a Marx y al propio Hegel: al pensar en un exterior que determina causal y directamente los momentos de la superestructura (llámese tal exterior economía o sociedad) rompe con la fundamental exigencia hegeliana de la mediación y el traspaso desde los momentos mismos y por sí mismos. La eliminación del, por otras razones, excesivamente simple esquema de la contradicción hegeliana no tiene por qué anular estas tesis, las cuales, precisamente, dan pie a una mejor comprensión de esa totalidad de que Marx habla (y pone en práctica) como totalidad históricamente estructurada de niveles dialécticos autónomos, pero no independientes.

Ahora bien, en este punto dejo de advertir la utilidad de la presente polémica, que corre el riesgo de convertirse, sin más, en un intercambio estéril de afirmaciones. Se trata, a partir de aquí, de llevar a cabo un estudio concreto de esa totalidad y sus diversos momentos: dejar de hablar y ponerse a trabajar.

<sup>15</sup> En nuestro libro *El lenguaje artístico*, Ed. Península, Barcelona, 1970, especialmente en su segunda parte, donde hemos tratado de mostrar el sistema del lenguaje y su referencia a lo que no es él mismo como referencia fundamental para su configuración.